

CAPITULO IX.

De lo que pasaba en el pueblo de Dolores la noche del 15 de Setiembre de 1810.

Eran las doce de la noche. Reinaba un profundo silencio en toda la estension del pueblo de Dolores. Ni un rumor, ni una luz, ni nada que indicase que alguno de sus habitantes estuviese despierto. Sin embargo, en una de las ventanas del edificio mas vasto, cuyas sombras, se destacaban algo mas imponentes sobre el techo de las demás casas, se veia brillar una luz ténue, vaga, como la que produciria una lámpara próxima á extinguirse.

¿Qué escena alumbraba aquella modesta luz?

¿Quién velaba á horas tan avanzadas de la noche en aquel aposento del pobre curato?

De repente la profunda calma de la noche fué turbada por las pisadas de un caballo que se acercaba, interrumpiendo la solemne monotonía de las calles.

¿Quién tan á deshoras interrumpia el silencio?

Si era un viajero, debía ciertamente seguir adelante su camino, porque nada indicaba que en aquel miserable pueblo hubiese una posada, y en todas las casas dormían profundamente.

¡Pero es tan triste caminar durante la noche! sin ver los sitios que atrás se van dejando, sin que las bellas perspectivas que se van contemplando disvierten la amargura del corazón que á medida que camina se aleja del hogar querido, del país natal, donde se quedan madre, hermanos, amigos, cuanto se adora en la inmensa playa de la vida, ó bien no

se pueden reconocer los sitios queridos que volvemos á atravesar despues de una larga ausencia, aquellos lugares que nos hablan de un pasado mas feliz, de nuestra dulce infancia, recuerdos de objetos queridos ya perdidos para nosotros, que de su vida solo han dejado una tumba en la tierra y una eterna imágen en nuestra memoria.

El ruido se fué haciendo mas distinto.

Eran en efecto las pisadas de un caballo, que conducia un jinete cuya fisonomía no se podia reconocer, porque la velaban las densas sombras que inundaban el espacio.

— ¡Qué noche tan oscura! no se ve uno ni las manos y si no viera yo las sombras y los bultos de las casas, creeria que todavía me encuentro en el camino real, murmuró el viajero. Me he extraviado completamente, no se si ya he llegado ó todavía me encuentro lejos de San Miguel el Grande, este pueblecillo no debe ser, segun las señas que ayer me han dado. Pero estoy seguro, continuó el jinete hablando consigo mismo, que he pasado á Fernando ya, porque hace cinco dias que me llevaba solamente cuatro horas de ventaja y yo he corrido dia y noche casi sin cesar, siguiendo el mismo camino. ¿Qué le habrá sucedido? En las primeras postas me decian que lo habian visto pasar, pero debe haber cambiado de ruta porque en aquel pueblecito me dijeron que hacia solo una media hora que habia pasado por allí y yo he lanzado mi caballo al galope sin que á pesar de ello le haya dado alcance. ¿Cómo se llamará este pueblecito? Debe ser tal vez Dolores. ¡Pero cómo saberlo seguramente para seguir el camino ó detenerme? Todos duermen profundamente. ¡Lla-

maré á la primera puerta que encuentre? porque mi caballo es imposible que avance mas sin caer muerto, ha hecho mas de lo que yo me esperaba y el buen fraile nunca sabrá la clase de prenda que perdió. Mas ¡ah! ya distingo allá una débil luz; ¡pero me da esa luz derecho para procurar penetrar en el aposento que ilumina? Acerquémonos á ese edificio que debe ser el curato, porque está cerca de una iglesia y veamos si nos quieren dar posada.

Por este diálogo que el ginete ha sostenido consigo mismo, el lector habrá conocido á nuestro camarada Gil Gomez, á quien dejamos corriendo detrás de Fernando, despues de haber hecho pagar demasiado caro al franciscano, el mal rato que le dió, haciéndole cargar con el ciego animal y arancándole ademas un fuerte caballo y ochenta pesos mas de gajes.

Gil Gomez se habia detenido precisamente en frente del edificio donde veia brillar la luz, y se preparaba á buscar su puerta para llamar, cuando se quedó mudo, procurando fijar su atencion.

Le parecia haber oido un ruido interrumpiendo el quietismo sombrío de las calles.

Era el galope precipitado de un caballo que se acercaba.

Se conocia desde luego que su ginete, aunque le guiaba por la oscuridad, conocia perfectamente el camino y anhelaba acercarse al edificio cuya luz parecia ser en esta negra noche el faro de los caminantes: parecia que ademas de las sombras una fuerte idea lo preocupaba, porque no distingió el bulto que formaban Gil Gomez y su caballo y con-

tinuó su precipitada carrera en la direccion y en la misma línea en que éste se habia detenido.

Cuando el jóven quiso hacer á un lado su caballo, ya era tarde, porque el del presuroso incógnito ginete, se chocó con él tan violentamente, que los dos animales se encabritaron y los dos ginetes cayeron al suelo, sorprendidos por aquel brusco y violento choque; profiriendo un enérgico voto.

—¿Quién diablos va? preguntó un acento varonil y colérico haciendo además llegar á los oidos del molido jóven un sonido bastante espresivo, el de un gatillo de pistola que se monta.

—Esa misma pregunta hago yo, ¡quién diablos va que así atropella á los ginetes que están parados? dijo á su vez Gil Gomez, sacando de la vaina su enorme espada.

—No tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones, dijo la misma voz con acento irritado.

—Pues lo mismo digo yo, continuó el jóven.

—Pero á mí me toca averiguar, qué hace vd. en este sitio ó de lo contrario....

—Pero á mí no me acomoda decirlo, interrumpió el jóven.

—Pues me lo va vd. á decir ahora mismo, continuó el incógnito viagero acercándose á Gil Gomez, y apuntando con una pistola en la direccion en que se encontraba.

—Eso lo veremos; dijo éste, poniéndose á su vez en guardia con su aún vírgen sable.

—¿Gil Gomez era acaso tan valiente que así despreciaba el peligro?

Hasta ahora no lo hemos podido conocer, porque hasta aquí ha sido un niño y no se ha presentado ninguna ocasion en que probarlo; pero indudable-

mente lo es cuando conociendo que seguramente lleva la peor parte, espera sin embargo sereno á un enemigo que por su acento y sus modales indica que debe ser terrible; cuando él espera con una espada á un hombre que lo amenaza con una pistola.

El desconocido iba á hacer fuego y á tender muerto indudablemente á su inesperto enemigo; pero se detuvo, reflexionando tal vez que el ruido del tiro podia causar una alarma, que á él por razones que pronto sabremos no le convenia de ninguna manera; así es que sacó tambien su espada y se acercó completamente.

La lucha se trabó en medio de la oscuridad y la calma mas profunda.

Gil Gomez conoció al primer tajo, que tenia que habérselas con un adversario terrible y muy diestro en el manejo de una arma con que él combatia por la primera vez de su vida; pero la oscuridad de la noche le favorecia y no cesó ni una pulgada al principio. Las espadas se chocaban de una manera terrible.

El desconocido avanzaba tanto y permitia tan poco que se le acercasen, que Gil Gomez se vio obligado á retroceder primero un solo paso.

—¿Pero que hacia vd. aquí, frente á la casa del señor cura á estas horas tan avanzadas? preguntó el desconocido sin dejar de atacar al demasiado atrevido jóven.

—¿Qué hacia yo? pensar si llamaria á la puerta para pedir hospitalidad, respondió el jóven defendiéndose lo mejor que podia, pero sin poder atacar á aquel enemigo tan vigoroso.

—Eso no es cierto.

—Yo nunca miento.

Y siguieron batiéndose con doble encarnizamiento.

¿Qué va á ser de tí, pobre niño, que por vez primera en tu vida te defiendes de un adversario tan terrible, que quien sabe porqué casualidad providencial no te ha destrozado ya completamente.

¿Qué va á ser de tí, que no has cometido mas crimen que atravesarte en el camino de un hombre que corre con precipitacion; de tí pobre niño, lleno de ilusiones y esperanzas, que te sacrificas gozoso en las aras de la amistad, y de la fraternidad.

Adios hermosos sueños de la juventud. ¡Adios hermano Fernando, ya no me podré unir á tí, ni servir en tu compañía como oscuro soldado.

¿Pero porqué no huir? ¿Porqué no rendirse?

¡Oh! no ¡imposible! primero morir que hacer un acto de cobardía.

¡Bien! ¡muy bien! ¡pobre niño! honor á los nobles sentimientos.

Por fin Gil Gomez sintió un agudo dolor en la muñeca derecha.

Y exhaló á su pesar un ligero grito: sin embargo continuó defendiéndose todavia; pero derrepente su mano falseó y su adversario al notarlo, giró un quite que lanzó su espada á algunos pasos de distancia.

Gil Gomez podia entonces haber huido ó haber suplicado, porque esta fuga ó esta suplica estaban hasta cierto punto justificadas, porque estaba herido y desarmado á merced de la cólera de su adversario. Pero esta determinacion solo podia caber en un corazon menos noble, menos valeroso que el su-

yo, así es que se quedó de pié con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando sereno al desconocido.

Pero este por otra parte, á pesar de que en la lucha habia desplegado un furor extraordinario, parecia un hombre igualmente generoso y al ver desarmado á su enemigo, bajó su espada en ademán de tregua.

Los dos permanecieron un momento silenciosos.

El incógnito rompió primero el silencio, preguntando con un acento verdaderamente amistoso y conciliador.

—Vamos, ¿diga vd. por fin qué es lo que hacia en este lugar y á estas horas?

—¿Volverémos de nuevo á las andadas? respondió el jóven con su tono jovial, ¿no le he dicho á vd. ya que me habia detenido al ver esa luz pensando si debería pedir hospitalidad por esta noche?

—Pues cualquiera diria que acechaba vd. y espiaba lo que dentro del curato pasaba.

—Maldito si me importa á mi nada de eso, cuando ni se el nombre del pueblo en que me encuentro.

—¿Es cierto eso?

—Tan cierto como ser de noche, este pueblo se ha atravesado en mi camino, sin que yo haya venido á buscarle. ¿Es acaso San Miguel el Grande?

—No ciertamente y si error de tamaña distancia es cierto, no se puede afirmar que haya vd. caminado alguna vez por estos países.

—Seguramente que no, puesto que vengo de tierras muy lejanas.

Habia tal sello de franqueza en el juvenil acento de Gil Gomez, que el desconocido no pudo me-

nos de convencerse que habia obrado con demasiada precipitacion con respecto á su juicio.

—¿Me dá vd. su palabra de caballero de que no es un espía y un denuciante, enviado por el intendente de la provincia? piénselo bien antes de hablar, si eso fuese le perdonaré y le dejaré partir con la condicion de no volver á ocuparse del cura Hidalgo, pero si me engaña ¡oh entonces cuidado con el pellejo!

—Le juro á vd. que ni sé de que espionaje se trata, que soy un viagero cansado que anhela llegar á San Miguel el Grande y nada mas, respondió Gil Gomez.

—Está bien jóven, lo creo á vd. de buena fé.

—Gracias caballero.

—¿Esta vd. herido? preguntó el desconocido.

—Muy poco, es un ligero rasguño en la muñeca, segun creo, aunque me ha hecho abandonar la espada hace un momento.

—Busquemos nuestros caballos y penetrémos en esa casa.

Y los dos viageros despues de haber reconocido su cabalgaduras, que sea por cansancio, sea por una completa indiferencia, se habian quedado quietas despues de haber derribado á sus ginetes, se acercaron á la casa á cuya puerta llamó el desconocido de una manera particular, como si fuese seña de antemano convenida entre él y los habitantes de ella.

—¿Es decir, que vd. se dirigia á esta casa? preguntó Gil Gomez

—Sí, y por cierto que me ha hecho vd. perder un cuarto de hora de un tiempo precioso en que he contado hasta los minutos.

Tardaban tanto en abrir que el desconocido volvió á repetir la misteriosa señal.

—¿Quién es? preguntó al cabo de un momento, una voz ya trémula aunque todavía enérgica, detrás de la puerta.

—Yo, señor Don Miguel, yo, el capitán Aldama, respondió el desconocido adversario de Gil Gomez.

La puerta se abrió con dificultad; poniendo á la vista de los desvelados viajeros á un anciano que llevaba un farolillo en la mano.

—Buenas noches, señor capitán Aldama, ¿qué es lo que pasa? ¿qué lo trae á vd. por aquí á horas tan avanzadas?

El viajero cuyo nombre acabamos de saber, iba tal vez á responder apresuradamente á la pregunta del anciano; pero se detuvo haciéndole una señal de inteligencia y diciéndole con un acento al parecer perfectamente tranquilo é indiferente, señalando á Gil Gomez, que observaba con atención la noble fisonomía del anciano.

—Me atrevo á presentar á vd. este valiente joven y á demandar la hospitalidad para él en esta casa, por que está levemente herido.

El anciano levantó la cabeza y á los resplandores de la lámpara, lanzó una mirada profunda y observadora sobre la inteligente y franca fisonomía de Gil Gomez.

Este sintió sobre sí el magnetismo de aquella mirada ya apagada, aunque todavía ardiente; pero tuvo bastante sangre fría para sostenerla sin turbación.

El anciano debió leer en aquella fisonomía expresiva y juvenil, sentimientos nobles que le die-

ron confianza, porque dijo con un tono de benevolencia que encantó á Gil Gomez.

—Este joven puede alojarse en el curato y todo el tiempo que quiera, para lo cual voy á hacer que se le disponga un habitacion y se le dé algun alimento.

Y el anciano poniendo la lámpara en las manos del capitán Aldama, se internó en la casa diciendo en alta voz.

—Don Santos, Don Santos.

—Mande vd. señor Don Miguel, le respondió una voz soñolienta; pero respetuosa.

Mientras que el anciano daba órdenes respectivas al alojamiento de Gil Gomez, el capitán Aldama pudo á su vez observarlo á su sabor aunque con mas imprudencia y detencion que aquel, puesto que alzó la linterna á la altura de su cara, mirándole fijamente por al algun tiempo.

Pero tambien le debió simpatizar la fisonomía del joven, porque estrechando su mano cordialmente, le dijo con acento afectuoso.

—Dispense vd. amiguito que lo haya tomado por un espía y haya pretendido tratarle como tal; pero como tiene vd. la imprudencia de pararse en medio del camino de un hombre que corre precipitadamente en medio de una noche tan oscura.

—Está vd. completamente disculpado, señor capitán; pero creo que su mal juicio con respecto á mí, se habrá desvanecido, por que un espía se habria rendido ó habria huido.

—Completamente joven, y en lo sucesivo cuente vd. con mi amistad; pero, esta vd. herido y ya lo habiamos olvidado.

—No es gran cosa, señor capitán, dijo Gil Go-

mez, dejando ver su puño derecho enteramente ensangrentado, á tiempo que el anciano volvía á acercarse.

—¡Cómo! dijo éste, ¿está vd. herido? y yo lo había olvidado.

—¡Oh! no señor, es un simple rasguño que nada vale.

—Don Santos, Don Santos, volvió á llamar al anciano.

Un hombre ya de edad, tipo medio entre el criado de confianza y el amigo agradecido, se presentó.

—Hágame vd. favor de traerme un poco de agua.

El criado se apresuró á ejecutar lo que se le mandaba.

El anciano estrajo de su bolsillo un pañuelo blanco de fina batista, le desgarró en tres ó cuatro girones, empapando uno de ellos en el agua que el criado le presentaba en una bandeja.

—¡Qué hace vd., señor? preguntó Gil Gomez, todo cortado al verse atendido de aquella manera tan benévola.

—Ya vd. lo vé, jóven, curar su herida, dijo el anciano, enjugando con delicadeza la sangre que brotaba á pequeñas gotas de su puño, escurriendo por sus dedos.

—¡Oh! señor cuanta molestia he venido á causar en esta casa.

—Nada de molestia, jóven, por el contrario yo tengo mucho gusto en aliviar sus padecimientos, dijo el anciano, envolviendo cuidadosamente con su desgarrado pañuelo el puño de Gil Gomez.

—Mil gracias, señor, mil gracias, dijo éste.

—Ahora, jóven, buen apetito y buen sueño; aunque á su edad de vd. nunca falta ninguna de las dos cosas, dijo el anciano indicando á Gil Gomez que siguiese al criado.

Buenas noches, padre mio, dijo el jóven besando respetuosamente la mano del anciano; pero no con aquel beso burlesco, que le hemos visto dar en la venta al gastrónomo franciscano, sino con el que marca el sellode un respeto y de un agradecimiento profundos. Buenas noches, señor capitán, y siento sobre manera haberme atravesado á mi pesar en su camino y haberle hecho perder un tiempo precioso segun vd. dice.

—Adios, bravo jóven, respondió éste con tono afectuoso.

Gil Gomez siguió al criado volviendo á lanzar una última mirada á aquel anciano religioso de fisonomía tan noble que una vez contemplada no se podía borrar de la imaginacion y preguntando á su conductor:

—¿Cómo se llama este buen sacerdote?

—Se llama Don Miguel Hidalgo y Costilla, le respondió.

—No sé qué tiene esa fisonomía que cautiva tanto y causa tan profunda impresion. Seria yo capaz, aunque apenas le acabo de conocer, de dejarme morir por él, pensó Gil Gomez.

Hidalgo y el capitán Aldama, penetraron en un aposento que servia de sala al curato, colocó el primero el farolillo sobre una mesa y cerró cuidadosamente la puerta que daba á las habitaciones interiores.

Ahora que ya la doble luz de la linterna y de una lámpara colocada al pié de una imágen de la

Virgen de Guadalupe ilumina bastante bien á ambos, examinémoslos mas detenidamente.

Con razon habia causado tan profunda impresion en el ánimo de Gil Gomez la fisonomía noble del sacerdote.

Era Hidalgo un anciano que representaba tener mas de sesenta años, su frente y la parte anterior de su cabeza, desprovistas enteramente de pelo, estaban surcadas por esas huellas que dejan sobre algunos hombres extraordinarios, mas que el tiempo, el estudio y la meditacion, su tez era morena, pero estremadamente pálida, con esa palidez casi enfermiza que causan las vigiliass y las amarguras de la vida: sus ojos lanzaban miradas ardientes y profundas, que algo amortiguaban sin embargo, la melancolía y la benevolencia, su nariz recta, su boca pequeña con ese recogimiento particular hácia las comisuras que imprime la fruicion interior del alma: y aquel rostro todo tan severo, tan noble, tan profundamente pensador, por decirlo así, estaba inclinado sobre el pecho como si el peso de la reflexion ó del martirio de la existencia lo hubiese doblegado. Su estatura era mediana, delicada, pero vigorosa como si el espíritu le comunicase una parte de su energía y de su vida. Vestia modestamente una chupa de paño negro sencillo; un chaleco del mismo color se abotonaba gravemente sobre su pecho, unos calzones del mismo paño se continuaban con unas medias de lana negras, siguiendo severamente en el trage, la costumbre adoptada por todos los religiosos que pertenecian al clero pobre, que era la que el arzobispado habia establecido.

El capitan Don Juan Aldama era jóven toda-

vía, de fisonomía franca y espresiva, en la cual se leian á primera vista el valor, la firmeza, la resolucion, la franqueza y algo del orgullo del militar honrado. Su estatura era fuerte y vigorosa.

Vestia el uniforme de su grado en el regimiento de los dragones de la reina: pendia á su costado un sable algo pesado como entonces se usaba en el ejército de la Nueva España y un par de pistolas grandes llamadas entonces de *chispa*, de cañon amarillo, pedernal y llave, se ceñian á su cintura.

Luego que Hidalgo hubo cerrado la puerta, se acercó al capitan que se habia dejado caer abatido sobre un sillón, preguntándole con interés.

—Ahora que estamos solos, diga vd. por Dios ¡qué ha sucedido nuevamente.

—¿Me esperaba vd. acaso, Don Miguel? interrogó éste, puesto que aun está en vela á estas horas tan avanzadas.

—Escribia precisamente una carta á la corregidora Doña Josefa Ortiz, acerca de nuestro asunto; el capitan Don Ignacio Allende, que como vd. sabe ha llegado anoche, y ahora reposa en esa pieza inmediata, me ha informado de lo que ha pasado; pero diga vd., ¡qué es lo que ha sucedido nuevamente capitan?

—Que estamos perdidos, completamente perdidos, respondió éste con desconsuelo.

—¿Pues qué es lo que ha sucedido? interrogó Hidalgo con interés.

—La conspiracion de Querétaro ha sido descubierta.

—Ya lo sabia por el capitan Allende.

—Los hermanos Gonzales y la corregidora han sido reducidos á prision.

—¿Cuándo?

—Esta última ayer en la tarde.

—¿Y se ha descubierto algo más?

—La casa de Don Epigmeo Gonzales ha sido saqueada y se han encontrado en ella armas y unos papeles que ya sabe vd. lo que contienen.

—Todo nuestro plan, murmuró Hidalgo.

—Por consiguiente estamos perdidos completamente, el intendente Riaño ha dado una orden de prision para vd. y dentro de pocas horas deben llegar á este pueblo los soldados que vienen á ejecutarla.

—Pero vd., Don Juan, ¿cómo ha sabido todo esto?

—En su misma prision la corregidora ha ganado al alcaide Ignacio Perez, que ha corrido á avisarme lo que pasaba; me he puesto en camino inmediatamente, para venir á comunicar á vd. todo, y al anoecer he dejado atrás á los soldados del intendente, que no deben tardar mucho en llegar; habiendo sufrido un retardo de un cuarto de hora en combatir con ese jóven que estaba parado frente al curato y á quien he tomado antes de verle, por un espía.

—¡Oh! no, es demasiado jóven para eso, murmuró Hidalgo.

—Con que no hay ya tiempo que perder, Don Miguel, debe vd. huir precipitadamente antes que esos soldados lleguen, porque le espera indudablemente la muerte en Guanajuato. Allende y yo nos salvaremos como podamos.

Hidalgo se dejó caer abatido en un sillón, apoyando sobre la mesa sus codos que sostenian su cabeza: permaneció largo tiempo silencioso y preo-

cupado; por su noble frente y sus ojos cruzó un velo de amargura; gruesas gotas de sudor inundaron sus sienes como si la lucha que se efectuaba en su corazón, trabajase dolorosamente su organización.

—Derepente se puso de pié como impulsado por un resorte, irguió su abatida cabeza, su frente iluminada por la luz de una idea gigantesca se volvió al cielo, sus ojos se humedecieron por el entusiasmo, sus labios se abrieron por una sonrisa de superioridad y volviéndose á Aldama, que de pié en medio de la estancia habia observado con silencioso respeto aquella lucha terrible de su corazón retratada en su rostro, le dijo á media voz con un acento trémulo y conmovido.

—¡Oh! no se ha perdido todo completamente, por el contrario, esta noche se va á poner la primera piedra de un edificio gigantesco.

—¿Qué dice vd., Don Miguel?

—Digo que cuando los soldados del intendente lleguen, ya será tarde, porque el pueblo de Dolores habrá alzado un grito de libertad é independencia que les hará huir como medrosas aves.

—¿Pero con qué elementos, con qué fuerzas cuenta vd. para eso?

—¿Con qué elementos? con la idea que es el elemento, ¿con qué fuerzas? con nosotros dos y el capitán Allende, con Don Santos y ese jóven que ha venido á hospedarse aquí esta noche.

Aldama no pudo menos de sonreirse con disimulo, creyendo que la funesta noticia y la proximidad del peligro que le habia anunciado habian trastornado la razón del noble anciano.

Hidalgo comprendió lo que significaba el silen-

cio de Aldama, porque le preguntó con una triste conformidad:

—Capitan, ¿me ama vd. tanto como yo le he amado?

—Desde el día que hablamos por la vez primera, he jurado serle á vd. un fiel amigo, y servirle leal hasta la muerte, respondió Aldama con entusiasta exaltacion,

—¿Desea vd. la felicidad de nuestra patria?

—Desde el momento que me he comprometido en esta conjuracion, he comprendido que debia morir muy pronto; pero he hecho gustoso el sacrificio de mi vida en las aras de la patria.

—¿Hará vd. lo que yo le diga esta noche?

—Lo haré, Don Miguel, aunque sepa que me precipito en un abismo espantoso.

—Bien, muy bien, mi leal amigo; acaso sea esta noche la última de nuestra vida, porque vamos á dar un paso que puede precipitarnos en ese abismo, aunque puede acaso conducirnos al templo de la libertad que hemos soñado.

Y los dos amigos se abrazaron en silencio contentiendo sus sollozos.

Era un espectáculo tierno y sublime á la vez ver estrecharse con los dulces lazos de la amistad á aquellos dos hombres que caracterizaban, uno la idea que piensa, otro la mano que ejecuta, uno la energía, otro el valor, uno la benevolencia del apóstol, otro la honradez del soldado.

Al cabo de un momento, Aldama interrumpió tan expresivo silencio diciendo:

—Está bien, ¿qué es lo que debo hacer yo? porque estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Primero ir á despertar á ese jóven y hacerle

venir á mi presencia para interrogarle y darle mis órdenes.

—¿Pero qué puede hacer ese jóven?

—Mucho, tal vez tanto como nosotros, porque parece muy activo muy emprendedor y muy valiente.

—Está bien, ¿y despues?

—Despues, nosotros reuniremos primero un número considerable de gente capaz de resistir á las fuerzas del intendente y obligarlas á seguir nuestra bandera, alarmaremos á todos los indios de la poblacion que se unirán á mí, y harán lo que les diga, estoy seguro, porque me aman y al amanecer nos dirigiremos á Celaya y de allí á Guanajuato.

—Pero Don Miguel, ahora que sabe vd. que no lo he de abandonar jamás, me atrevo á preguntarle ¿esta vd. acaso loco? ¿quiere vd. marchar sobre Guanajuato, cuando no contamos ni con un cañon, ni con un arcabuz, ni con una espada siquiera?

—Dios armará nuestro brazo, para defender la causa de la justicia, dijo el anciano alzando sus ojos al cielo con expresion de confianza y enternecimiento.

—Esta bien ¿debo despertar á Allende?

—Si, en esa pieza reposa, adviertale vd. capitan lo que pasó y lo que hemos pensado últimamente: él me ha hecho hace un momento, un juramento igual al que vd. mi leal amigo acababa de hacer.

Aldama salió á ejecutar lo que se le mandaba.

—¡Oh! madre y señora mia, dijo Hidalgo dejándose caer de rodillas al pié de la imágen de Guadalupe, que condecoraba y amparaba aquella pobre estancia ¿quién sabe lo que va á pasar dentro de poco tiempo? tal vez va á realizarse ese pensamien-

to que hace tanto tiempo dormita en mi mente. Yo me amparo ¡madre mía! con vuestra proteccion y os juro no apartarme jamas de los santos preceptos de la justicia y la religion: comprendo que debo morir antes de ver felices á mis hermanos: pero entonces, aunque la calumnia ultraje mi memoria, vos ¡madre mía! que habeis visto mis dudas, mis temores y mis esperanzas, sabreis que mi intencion ha sido pura y me amparareis á la hora de la muerte. Yo os nombro patrona de la santa causa que proclamo.

Y el cura besó humildemente las plantas de la virgen de Guadalupe.

CAPITULO X.

De como fué interrumpido Gil Gomez en medio de su sueño, para contribuir sin saberlo á la Independencia de la Nueva-España.

Hacia solamente un cuarto de hora, que Gil Gomez, dormia aunque ya profundamente, comenzando á soñar que ya distinguia en el camino á Fernando, acompañado por el venerable sacerdote que con tanto cariño, le habia curado y dado hospitalidad y el bravo y franco capitan, que estuvo á pique de impedirle correr mas, cuando fué interrumpido en medio de su sueño, por éste, que le sacudia rudamente, diciéndole en alta voz.

—Ea jóven; fuerza es levantarse.

—¿Qué hay? murmuró Gil Gomez despertando sobresaltado á la voz de Aldama, ¿qué hay Fernan-

do? si vieras por alcanzarte de lo que he escapado hace poco.

—Que Fernando, ni que peligro, dijo sonriendo Aldama, vamos jóven acabe vd. de despertar.

—¡Ah! ¿es vd. capitan? dijo Gil Gomez, reconociendo la voz que le hablaba.

—Sí, yo soy, amigo mio, levántese vd. presto.

—¿Pues que es lo que pasa? preguntó el jóven sorprendido.

—El Sr. cura Don Miguel, necesita inmediatamente de sus servicios y me envia á rogarle á vd. que vaya sin pérdida de tiempo á su presencia.

—Voy inmediatamente dijo el jóven, abandonando sin sentimiento el lecho que acababa de brindarle un reposo tan fugitivo, y dirigiendose al cabo de un momento, que tardó en arreglarse, ante la presencia del cura.

Este meditaba con la cabeza entre las manos y de codos sobre la mesa; al ruido que produjo el jóven en la puerta, se levantó haciendole seña de acercarse.

Gil Gomez, se aproximó con tímido respeto al anciano,

—Jóven, dijo éste mirandolo fijamente á la cara con aquella mirada profunda y pensadora que hacia poco lo habia conmovido, va vd. á prestar en este momento un servicio eminente á la patria y á la causa de la justicia y la religion.

—No comprendo, murmuró el asombrado jóven.

—¿Lo hará vd. cuando yo se lo suplico?

—Lo haré, señor, si es que está en mi mano.

—Pero antes dígame vd. con franqueza ¿que habia, en medio de las calles á horas tan avanzadas de